

DIAGNÓSTICOS MODERNISTAS DE MAX NORDAU: DARÍO,
INGENIEROS Y SILVA LEEN AL MÉDICO JUDÍO¹.

Erin Graff Zivin
Universidad de Pittsburgh
egz@pitt.edu

En su ensayo "His America, our America: José Martí reads Whitman," Sylvia Molloy propone la noción de *escenas de traducción* para caracterizar momentos dentro de los cuales "Latin America encounters its influential cultural others and, depending on the sense attributed to the encounter, reads itself into, or reads itself away from, those others, for specific ideological reasons" (370)². Mientras que Walt Whitman representa un buen ejemplo de esta dinámica dentro del campo literario, es interesante notar que a los literatos no sólo les interesan los poetas. Otro ejemplo curioso de esta intertextualidad o, mejor dicho, *interautoridad* se encuentra en las varias lecturas del médico judío-húngaro Max Nordau. Esta figura se halla dentro de los debates en torno a la patología tan de moda en la cultura finisecular occidental. Al mismo tiempo que las naciones latinoamericanas recién autonomizadas emplean discursos positivistas para estructurar y justificar sus nuevos proyectos de consolidación, Max Nordau entra en el imaginario de la elite latinoamericana como personaje mediante el cual se trabaja, se piensa y se pretende resolver problemas políticos, (seudo)científicos y estéticos. A través del análisis de las

Al mismo tiempo que las naciones latinoamericanas recién autonomizadas emplean discursos positivistas para estructurar y justificar sus nuevos proyectos de consolidación, Max Nordau entra en el imaginario de la elite latinoamericana como personaje mediante el cual se trabaja, se piensa y se pretende resolver problemas políticos, (seudo)científicos y estéticos. A través del análisis de las representaciones de Nordau en *Los raros* (Rubén Darío, 1896), *Al margen de la ciencia* (José Ingenieros, 1908), y *De sobremesa* (José Asunción Silva, 1925), planteo que esta figura curiosa provoca lecturas que caben dentro de los proyectos más amplios de cada escritor. Nordau, como judío y como científico que se inserta en lo literario y lo político, representa un potencial de

Recibido: 10 de septiembre de 2007
Aceptado: 8 de octubre de 2007

representaciones de Nordau en *Los raros* (Rubén Darío, 1896), *Al margen de la ciencia* (José Ingenieros, 1908), y *De sobremesa* (José Asunción Silva, 1925), me gustaría plantear que esta figura curiosa provoca lecturas que caben dentro de los proyectos más amplios de cada escritor. Nordau, como judío y como científico que se inserta en lo literario y lo político, representa un potencial de subjetividad liminal³ para Darío, Ingenieros y Silva, quienes leen y des-leen al médico según sus propias necesidades ideológicas y estéticas. Mientras que *lo judío* de Nordau sólo se menciona explícitamente en la lectura de Ingenieros, quiero sugerir que el judaísmo de Nordau como parte de una rareza o carácter *uncanny* más general cumple una función significativa para cada autor.

Discípulo de Charcot y Lombroso, Max Nordau se destaca como uno de los pensadores principales de teoría en torno a la patología. Atrae la mayor atención –tanto en Europa como en América Latina– debido a la publicación en 1892 de su libro *Entartung (Degeneración)*, en el cual desarrolla una teoría de la locura y la enfermedad que se aplica al arte y, específicamente, a los artistas decadentes, parnasianos, simbolistas y prerrafaelitas. Nordau se vuelve figura controvertida al publicar este libro, en el cual construye imágenes desfavorables de artistas como Paul Verlaine, a quien caracteriza como “a repulsive degenerate subject with asymmetric skull and Mongolian face,” añadiendo que “[i]n lunatic asylums there are many patients whose disease is less deep-seated and incurable than is that of this irresponsible *circulaire* at large” (1895: 128). La representación de Verlaine como sujeto degenerado provoca rabia en el mundo literario, esti-

subjetividad liminal para Darío, Ingenieros y Silva, quienes leen y des-leen al médico según sus propias necesidades ideológicas y estéticas.

Palabras clave: Max Nordau, Rubén Darío, José Ingenieros, José Asunción Silva, positivismo, modernismo hispanoamericano, degeneración, literatura judía.

Modernist Diagnoses of Max Nordau: Darío, Ingenieros and Silva Read the Jewish Doctor

At the same time that the recently autonomous Latin American nations employ positivist discourse to structure and justify new projects of consolidation, Max Nordau enters into the imaginary of the Latin American cultural elite as a figure through which political, scientific and aesthetic issues can be articulated. By exploring the representations of Nordau in *Los raros* (Rubén Darío, 1896), *Al margen de la ciencia* (José Ingenieros, 1908), and *De sobremesa* (José Asunción Silva, 1925), I argue that this curious figure provokes readings that fall

mulando insultos a Nordau como “estúpido” por haber tratado de meterse en el campo estético (Spackman, 1989: 2).

Nordau también figuró entre los líderes más conocidos del sionismo a principios del siglo XX; algunos lo han identificado como el personaje más importante dentro del movimiento sionista después de Teodor Herzl. Su ideología sionista se liga con sus teorías en torno a la patología, y las conferencias y ensayos que publica sobre el tema político coinciden estructuralmente con la base teórica desarrollada en *Degeneración*. Nordau, nacido Simcha Meir Südfeld y criado en una comunidad ortodoxa, contra la cual se rebela fuertemente, considera a la comunidad tradicional judía –y la religión en general– con desdén. Cambia su apellido original Südfeld (campo sureño) a Nordau (pradera norteña), acción reveladora en la medida en que apela a una problemática más universal de tensión entre norte y sur⁴. El cambio de apellido apuntala la tendencia del médico de viajar entre norte y sur, tradición y modernidad, religión y ciencia, entre paradigmas ideológicos y posiciones identitarias. De la misma manera, las ideas de Nordau también viajan entre Europa y América Latina, donde se leen y se traducen desde una perspectiva ajena a las condiciones bajo las cuales se produjeron. El esfuerzo por parte de Nordau de manipular y hasta convertir su identidad se ve repetido en las obras de Darío, Ingenieros y Silva, quienes re-inventan y aplican nuevos nombres e identidades al médico judío⁵.

Casi como reacción a sus orígenes tradicionales, al parecer, Nordau postula una nueva visión del sujeto judío basándose en el modelo alemán del

within the broader projects of each writer. Nordau, as a Jew and as a scientist involved in both literature and politics, represents a potential liminal subjectivity in Darío, Ingenieros and Silva, who read and mis-read the doctor according to their own ideological and aesthetic preoccupations.

Key Words: Max Nordau, Rubén Darío, José Ingenieros, José Asunción Silva, Positivism, Spanish American Modernism, Degeneration, Jewishness.

E. Graff Zivin. Diagnósticos modernistas de Max Nordau...
Estudios 14: 28 (julio-diciembre 2006): 171-186

cuerpo puro. El “muscle Jew”, nos enseña Sander Gilman, alude a una figura cuyo cuerpo sano refleja una mente sana. Gilman sugiere que esta figura se contrapone al judío enfermo del *shtetl* europeo: “Nordau’s call for a ‘new muscle Jew’ is premised on the belief that the Jew had degenerated ‘in the narrow confines of the ghetto’” (1985: 158). Este nuevo judío fuerte se convierte en sujeto ideal sionista; la creación del estado judío requiere, según Nordau, un cuerpo nuevo. La nación moderna exige esta visión positivista del judío, sacándolo de su posición de víctima. Es importante considerar este aspecto de la carrera de Nordau, en el sentido en que ofrece un contexto más amplio, una motivación por su compromiso con el discurso acerca de la degeneración. Si estamos de acuerdo con Robert van der Laarse, Nordau internaliza las ideas de su generación intelectual que define el cuerpo judío como nervioso, femenino, cobarde y decadente⁶. Es justamente este Nordau –el que está en constante negociación con los valores simbólicos alrededor del cuerpo judío– el que se ofrece como objeto productivo dentro del pensamiento finisecular latinoamericano.

La ‘rarización’ del médico judío

Rubén Darío publica *Los raros* en 1896, un año antes del primer congreso mundial sionista, en el que Nordau presenta su visión secular de un estado judío. Como Darío no tiene posibilidad de conocer esta dimensión del pensamiento de Nordau, no es sorprendente que *lo judío* no entre en su caracterización. En cambio, aparece como uno de muchos raros, a pesar de que Nordau representa para Darío justamente el que *ataca* la rareza. Habría que preguntar, entonces, en qué consiste la rareza de Nordau. Si Nordau cae en el “otro” lado de la división arte/ ciencia, ¿de dónde se extrae su estatus de raro? ¿Es, acaso, *lo judío* lo que representa la característica innombrable de la alteridad de Nordau?

El texto de Darío refleja su deseo más general de explorar lo raro, no solamente en el sentido de lo extraño, sino también de lo singular, lo nuevo, lo distinguido. Este concepto de singularidad implica una conexión con su aproximación a la obra de arte como objeto extraordinario, y con el artista como espécimen único que produce tal objeto. En el capítulo dedicado a Verlaine, por ejemplo, Darío celebra y se apropia de lo que Nordau ha llamado

locura y degeneración. Subvierte el diagnóstico de Nordau al valorizar el espacio del hospital, ambiente en el cual Verlaine pudo acceder a lo poético. Así, se dirige a Verlaine como interlocutor ideal: “Mueres seguramente en uno de los hospitales que has hecho amar a tus discípulos, tus ‘palacios de invierno’, los lugares de descanso que tuvieron tus huesos vagabundos” (1972: 41). El palacio de invierno aquí nombrado parece espejear la noción de Darío del reino interior, el espacio privilegiado dentro y desde el cual se puede producir el objeto de arte⁷.

Nordau, entonces, aparece como el enemigo de Verlaine y, por extensión, del espacio poético de Darío. La oposición Nordau/ Verlaine sirve, según Oscar Montero, como una de las tensiones centrales del texto: “Por una parte, Verlaine, el ‘padre y maestro mágico’ del ‘Responso [a Verlaine]’; por la otra, Nordau, que llama a Verlaine ‘el líder más famoso del los simbolistas’ para concluir que es también un ‘degenerado repulsivo’” (1996: 823). Darío afirma la posición que Nordau se ha creado para sí mismo, la del científico dialécticamente opuesto al artista:

Cuando el doctor Nordau publicó la obra célebre... la figura de Verlaine, casi desconocida para la generalidad... surgió por la primera vez en el más curiosamente abominable de los retratos. El poeta [...] estaba señalado como uno de los más patentes casos demostrativos de la afirmación seudocientífica de que los modos estéticos contemporáneos son formas de descomposición intelectual (Darío, 1972: 45).

Aparte de colocar el prefijo “seudo” al adjetivo “científica”, Darío no problematiza la línea trazada por Nordau entre la enfermedad y la medicina. No es hasta el capítulo dedicado a Nordau mismo que vemos una interpretación más compleja del discurso del médico y, por extensión, del mismo Darío. Es allí donde las oposiciones Verlaine/ Nordau, enfermedad/ medicina, degeneración/ progreso, y literatura/ ciencia se empiezan a deconstruir.

Darío comienza a pintar el retrato de Nordau con una escena metafórica del médico diagnosticando a un público de artistas. Hablando a “todos los convidados al banquete del arte moderno”, Nordau descifra los síntomas de todos los artistas modernos, clasificando a cada uno como “imbécil”, “idiota”, “degenerado”, “loco peligroso” (184). Aquí vemos al mismo Nordau que en el capítulo

sobre Verlaine; es un Nordau enemigo del arte, un Nordau contrapuesto a Verlaine, un Nordau que permite que la oposición arte/ ciencia exista sin complicaciones ni contaminaciones. Sin embargo, en este capítulo, Darío empieza a cuestionar tal división, refiriéndose a los ejemplos de los entrecruzamientos de estos dos campos: “[c]uando la literatura ha hecho suyo el campo de la fisiología, la medicina ha tendido sus brazos a la región oscura del misterio”, y luego, “[e]n tanto que la literatura investiga y se deja arrastrar por el impulso científico, la medicina penetra en el reino de las letras: se escriben libros de clínica tan a menos como una novela. La psiquiatría pone su lente práctico en regiones donde solamente antes había visto claro la pupila ideal de la poesía” (185-6). Habría que cuestionar, entonces, el motivo que llevó a Darío a procurar un espacio interdisciplinario (¿para qué le sirve?). Parece que Darío pretende apropiarse de lo que él llama el “lente práctico” de la psiquiatría; después de todo, ¿no es el mismo Darío quien diagnostica lo raro en esta obra?⁸.

Oscar Montero plantea que Darío quiere situarse entre los raros y, al mismo tiempo, distinguirse de ellos para poder atraer y complacer a “dos públicos”⁹. Una de las maneras a través de las cuales Darío hace un *performance* de distanciamiento de Verlaine es a través del acercamiento a Nordau: “No hay que negarle mucha razón a Nordau cuando trata de Verlaine, con quien –en cuanto al poeta– es justo” (191)¹⁰. Entonces, quisiera continuar el análisis de Montero y sugerir que es Nordau, además de Verlaine, quien permite que Darío se autorrepresente de esta manera. Nordau, como intelectual que maneja campos distintos y como judío que diagnostica *lo judío*, le ofrece a Darío una posibilidad de una subjetividad liminal. Darío requiere esta flexibilidad discursiva para poder identificarse con los poetas decadentes y, al mismo tiempo, distinguirse: como intelectual y como americano. La construcción de Darío de su propia autoridad depende justamente de la inversión de papeles entre él y Nordau: mediante la “rarización” del médico, Darío constituye su discurso como diagnóstico.

“*Es otra cosa*”: José Ingenieros coquetea con Nordau

En *Al margen de la ciencia* (1908), José Ingenieros retoma la lectura de Nordau, ahora desde la perspectiva de la ciencia. Como psicólogo, Ingenieros viaja a Europa para conocer a y dialogar con médicos y psicólogos contem-

poráneos a él. Sin embargo, como implica el título, Ingenieros no construye un *locus* de enunciación desde el centro del campo científico, sino que delinea su posición “al margen”. Igual que Darío, Ingenieros dedica una sección de su libro a retratar a Nordau; desde luego, es muy probable que Ingenieros haya leído *Los raros* y que esté respondiendo a este texto. La relación intelectual entre los dos ya se ha notado: “[e]l científico Ingenieros reconoce en el literato Darío [...] a un ‘amigo de observar anomalías y rarezas’” (Molloy, 1996: 196). Ingenieros no queda relegado a un campo —específicamente, el científico— sino que coquetea con varios al mismo tiempo. Es el coqueteo, entonces, lo que sirve como motivo a través del cual se puede analizar la visita que le hace a Nordau en el capítulo “Cuatro psicólogos franceses”.

Aunque el encuentro con Nordau no se caracterice explícitamente como erótico, Ingenieros expresa el aspecto “femenino” de la espera: “[l]a primera vez que le visitamos, los breves minutos de espera fueron de curiosidad femenina, casi infantil” (1908: 171). Además, confiesa su atracción —aunque sea intelectual— por esta figura; “[f]recuentar á este hombre, es uno de los mayores atractivos intelectuales que nos ha ofrecido París” (171, se respeta en todas las citas la ortografía del original). El coqueteo revela su deseo secreto de cruzar fronteras, y muestra la ambigüedad con la cual aborda la ciencia, el arte y, quizás, *lo judío*.

La observación de Molloy, que señala “[l]a intersección de disciplinas y discursos en la que Ingenieros elabora sus diagnósticos, intersección en la que la literatura desempeña un papel preponderante”, encuentra una base significativa en *Al margen de la ciencia* (Molloy, 1996: 190). El retrato de Nordau inventado por Ingenieros refleja un fuerte deseo de mezclar campos, de entrar en un espacio contaminado por la paradoja. Plantea que si Nordau “fuera loco podría escribir poemas filosóficos dignos de Schopenhauer y de Nietzsche; si poeta, odas de Carducci; [...] si fuera superficial, escribiría libros dignos de Tarde. *Pero es otra cosa*” (170, cursivas mías). Ingenieros exagera la característica excesiva de Nordau; lo retrata como alguien que desborda los límites de categorías claramente diferenciadas. Además de las descripciones halagadoras, llama la atención la postulación de que Nordau sea “otra cosa.” ¿A qué se refiere esta otredad? ¿Es, acaso, la misma singularidad a la que se refiere Darío cuando lo pinta como “raro”?

Ingenieros sigue con una descripción detalladamente física: “[l]as canas rodean completamente su fisonomía, como un halo: es una característica astral.

Podría deducirse que tener talento equivale a ser un astro. Las canas parecen una revancha del tiempo contra su organismo que no envejece; Nordau está joven como sus ideas, sonriente como sus ironías, vigoroso como sus paradojas” (1908: 170). Aquí, se ve un Nordau viejo y joven al mismo tiempo, trascendente en su carácter angélico –hasta parece llevar un halo– y, simultáneamente, corporal en su “vigor”. La codificación casi dialéctica del médico, desde luego, posee huellas en la multidisciplinaridad de la obra de éste. Sin embargo, es crucial notar la adaptabilidad de Nordau para sus lectores latinoamericanos: Nordau les ofrece cierta disponibilidad a los que busquen en él un modelo de hibridez. Sus “paradojas” vigorosas cumplen con las expectativas de Ingenieros que llega a París procurando una interacción entre lo científico y lo estético.

Lo judío entra en este texto de una manera curiosa; mientras Ingenieros y sus colegas le esperan en la casa, comenta la presencia de otros dos hombres, “al parecer judíos”, y siente la necesidad de describirlos para el lector. La apariencia física de los dos parece impresionar a Ingenieros, que glosa los cuerpos racialmente marcados: “[l]a raza les desbordaba por todos los ángulos y curvas de la fisonomía; no emanaba ningún olor étnico, no obstante la especie difundida por Drumont” (172). La idea del “desborde” judío colabora con la representación de Nordau como “otra cosa”, como algo que empuja y destruye límites, hasta los límites del mismo cuerpo judío. Desde luego, “los ángulos y curvas” forman parte de la representación estereotipada de la nariz judía y de las otras partes del cuerpo que se construyen para marcar la diferencia. Aunque Ingenieros se siente desilusionado por la ausencia de “olor étnico” –como si le hiciera falta prueba de la otredad de este personaje– no le queda duda de que está frente a uno de los judíos odiados por el anti-semita francés por excelencia, Edouard Drumont.

El primer judío se caracteriza como la encarnación del estereotipo; su cuerpo se construye como *locus* de la diferencia, para decirlo con Sander Gilman¹¹. Empieza con una descripción de su rostro étnico: “lucía uno de esos perfiles que ilustran los libros idiotas . . . muy leídos por los analfabetos durante la crisis de judiofobia que complicó la cuestión Dreyfus” (172). Es interesante que Ingenieros simultáneamente afirme y niegue la posición clásica anti-semita ocupada por Drumont y los racistas “analfabetos”, como si su diagnóstico de *lo judío* estuviera basado en información sólida, culta, desde un lugar de

enunciación definido por la educación, la ciencia y el conocimiento oficial. Desde luego, expone su aproximación universalizante y –de otra forma– “analfabeta” cuando comenta que el hombre “[m]erecía llamarse Moisés ó Salomón,” como si el cuerpo judío le diera al observador el derecho de nombrarlo. Sigue adivinando la profesión de éste –¿por qué no?– basándose en el cuerpo; plantea que “su fisonomía denunciaba que era copista á máquina, sin empleo; ello no impedía ser estudiante– pues todos lo son”. La idea de que la fisonomía del hombre pudiera revelar su ocupación señala no solamente el acto generalizador por parte de Ingenieros, sino también el determinismo seudocientífico que informa su análisis. Además, la referencia a “todos” implícitamente condena a Nordau a su sentencia de “judaísmo”; si todos son iguales, pues, Nordau no puede ser la única excepción. Y sin embargo, como veremos luego, *lo judío* de Nordau no se tiene que explicar, porque se justifica como la excepción a su talento.

El segundo judío confirma y clarifica esta dimensión oscura de la figura de Nordau. Comenta Ingenieros, “[e]l otro se nos figuró [...] presidente de algún lejano comité sionista, venido á Paris á fin de consultar al sabio sobre un milésimocuarto proyecto de reorganizar la nacionalidad” (173). El sionismo de Nordau se explica como una deficiencia excepcional: “Nordau, como todos los hombres, tiene su laguna mental: cree en el sionismo, es decir, en un ‘ismo’ de tantos” (*íd.*). Resulta poco claro si la laguna se debe al compromiso con un proyecto político trivial, a la creencia en un “ismo”, al hecho de ser judío o a una mezcla de las tres cosas. Lo significativo de este fragmento es que *es el único momento en todos los tres textos en que se liga a Nordau explícitamente con lo judío*, lo cual merece ser explorado con atención. ¿Para qué asociar a Nordau con su judaísmo para después minimizar la acusación? “Su sionismo es una simple actitud”, concluye Ingenieros, como si intentara salvar la reputación de esta figura tan atacada por el público. Aunque pretende pintar un retrato atractivo de Nordau, no puede dejar de incluir su única característica débil, su sionismo. Se podría deducir que *lo judío* forma parte de la retórica de Ingenieros, tal vez sea el ejemplo más dramático de las ‘paradojas vigorosas’ de Nordau.

Cuando el famoso médico finalmente aparece, se describe como “una delicadísima figura, que igual podría tener diez y ocho ó veinte años, [...] ojos [...] capaces de hacer abjurar de su fe al católico más convencido” (173). El que ha descrito su propia espera de Nordau como “femenina” ahora transfiere

su feminidad al mismo que le había inspirado la trasgresión de límites de género. Nordau encarna, en sus ojos, el potencial de hacer transgredir otro límite, el de la religión. Aunque Ingenieros está hablando metafóricamente cuando se refiere al poder de Nordau de hacer “abjurar de su fe al católico”, existe otro nivel de significación, en el cual emerge a la superficie la ansiedad provocada por Nordau. Esta ansiedad, aunque sin nombre, aparece en Darío también: es lo peligroso de Nordau, y también lo fascinante. La *diferencia in-nombrable* de Nordau –su “hidden Jewishness”, para decirlo con van der Laarse– convierte a la figura de Nordau en significante vacío, que se puede llenar con sentido según las necesidades del texto, tanto en Ingenieros como en Darío y Silva¹².

Lo práctico y lo horroroso: Silva diagnostica al médico

El rol desempeñado por Nordau en *De sobremesa* (José Asunción Silva, 1925) se parece al de *Los raros*, en la medida en que representa *lo otro* contra el cual el artista modernista se inventa a sí mismo. Su presencia en la novela de Silva es de carácter textual; aparece mediante su libro *Degeneración*, que el protagonista lee junto con el diario íntimo de la rusa tísica María Bashkirtseff.

La lectura de dos libros que son como una perfecta antítesis de comprensión intuitiva y de incompreensión sistemática del Arte y de la vida, me ha absorbido en estos días: forman el primero mil páginas de pedantescas elucubraciones seudocientíficas, que intituló *Degeneración* un doctor alemán, Max Nordau, y el Segundo, los dos volúmenes del diario, del alma escrita, de María Bashkirtseff, la dulcísima rusa muerta en París, de genio y de tisis, a los veinticuatro años (47).

Aquí vemos una dinámica parecida a la de *Los raros*; mientras Darío pretende analizar a Nordau en contraste con Verlaine, en *De sobremesa* Nordau se lee yuxtapuesto a Bashkirtseff, “como una perfecta antítesis”¹³. La rusa enferma, como Verlaine, se ofrece como ideal estético contra el cual se constituye su propio discurso diagnóstico. Además, es interesante que la presencia de Nordau esté mediada por su libro *Degeneración*; aquí, el lector lee a José Fernández, que por su parte lee a Nordau leyendo a los artistas “degenerados”.

Estas múltiples capas de lectura hacen más transparente el carácter *traducido* de la figura de Nordau, no solamente en este texto, sino en todos los tres presentados aquí.

El autor de *Degeneración* se caracteriza como el enemigo de la belleza, la imaginación, la maestría artística. En la primera escena en que aparece, lo vemos –a través de la imaginación de José Fernández– caminando por un museo de arte, diagnosticando todo lo que, según el protagonista, debe considerarse como bello y trascendente: “Nordau se pasea por entre las obras maestras que ha producido el espíritu humano en los últimos cincuenta años [...]. Detiénese al pie de la obra maestra, compara las líneas de ésta con las de su propio ideal de belleza, la encuentra deforme, escoge un nombre que dar a la supuesta enfermedad del artista que la produjo [...]” (47). Esta escena diagnóstica define la posición de Nordau como destructor de lo bello y cuestiona la ciencia empleada por él. Aquí la palabra “enfermedad” viene modificada por el adjetivo “supuesta” que –igual que la nominación de su “ciencia” como “seudo” en *Los raros*– desconstruye la autoridad médica de Nordau. Además, la idea de que este Nordau imaginario “escoja” la palabra que sirve para nombrar la enfermedad desnaturaliza el diagnóstico y crea un espacio de resistencia contra el discurso sobre la degeneración.

Por otro lado, el acto de diagnosticar no queda totalmente fuera de la subjetividad deseada por el protagonista, o quizás por Silva cuando inventa al protagonista. Aunque el discurso estético postulado en este texto se constituye en contraste con, o en la sombra del discurso (seudo)científico, también se podría plantear que es Nordau el que se diagnostica en esta obra, y que su presencia deja que el mismo José Fernández diagnostique. Veamos otro momento de la misma escena del texto, en el cual se invierten los papeles, contaminando así la división arte/ ciencia, enfermedad/ medicina:

¡ [...] vuelve tus manos rudas hacia el fondo de los siglos y distribuye tiquetes de clasificación patológica a esos que sintieron y expresaron lo que sienten los hombres de hoy! ¡Oh, grotesco doctor alemán [...] tu oscuro nombre está salvado del olvido! [...]”¹⁴ Tus rudas manos tudescas no alcanzaron a coger en su vuelo la mariposa de luz que fue el alma de la Bashkirtseff (48).

La asociación de Nordau con lo rudo, grotesco, oscuro y luego con lo asqueroso y lo horroroso¹⁵, postula otra jerarquía discursiva, en la cual José Fernández emplea el discurso positivista y Nordau aparece como cuerpo degenerado. De nuevo, vemos la fuerte presencia de una diferencia que no se puede nombrar directamente: si no lo ‘judío escondido’ de van der Laarse, entonces una alteridad irrepresentable –e indeseable– más general.

Aunque Nordau no se representa explícitamente como judío en este texto, la presencia de otro judío “funcional” sirve para llenar el vacío que rodea a Nordau. Es decir, entra en juego cierta diferencia innombrable con relación a Nordau, tanto en Darío como en Silva, que podría explicarse por lo que *no* se nombra o, en este caso, lo que se nombra en otro momento del mismo texto: *lo judío*. La alteridad de Nordau –que está marcada mediante su título “médico alemán”– se encuentra espejada y exagerada en la figura del negociante rico Nathaniel Cassares. Este judío encarna todos los estereotipos que no se mencionan en relación con Nordau: es banquero, es físicamente reconocible como judío (tiene nariz de águila) y habla con un fuerte acento alemán: “¡A qué *depemos el fonor de per* al señor Fernández en esta su casa?” (172). Su lenguaje distorsionado sirve para recordar al lector lo indeseable, lo asqueroso del otro “alemán” de la novela: Nordau.

Lo interesante es que el judío Cassares desempeña un rol parecido al de Nordau; los dos representan la funcionalidad que José Fernández simultáneamente procura y pretende expulsar de su vida. Reaccionando a la posición de Nordau frente al arte moderno, Fernández se queja: “¡La realidad! ¡La vida real! ¡Los hombres prácticos!... ¡Horror!” (139, elipsis del texto original). Cassares aparece más tarde en el texto para confirmar y elaborar la asociación entre *lo judío* y lo práctico; comenta Fernández, “[u]n banquero judío sirve para todo” (172). Por un lado, lo útil –como también podemos ver en Darío y Rodó– representa el otro contra el cual se constituye una subjetividad estética modernista. Por el otro lado, lo útil es algo con lo cual José Fernández está constantemente negociando en esta novela; es su “otro adentro” para decirlo con Roberto González Echevarría¹⁶. En este sentido, resulta apropiado que los personajes judíos representen la funcionalidad, porque hemos visto que tanto *lo judío* por lo general como Nordau en particular *sirven funciones* en Darío, Ingenieros y Silva.

El estatus de Nordau de figura funcional desempeña un papel central en la constitución de subjetividades nuevas en las tres obras consideradas en este

trabajo. La representación del médico sionista por tres intelectuales con proyectos distintos revela la adaptabilidad de Nordau, y de *lo judío* en general. Mediante la traducción de Nordau, Darío logra situarse entre el decadentismo extremo y la burguesía latinoamericana, Ingenieros coquetea con la otredad de la literatura y Silva se apropia del discurso diagnóstico para construir una subjetividad estética patológica. La diferencia innombrable de Nordau, y la ansiedad provocada por ésta, sirve para inventar una retórica interdisciplinaria mediante la cual se puede imaginar nuevas subjetividades intelectuales dentro de la cultura finisecular. El personaje de Nordau, y las traducciones perversas de éste, revela la disponibilidad del significante “judío” en el imaginario latinoamericano. A través de marcar y ocultar la diferencia judía, Darío, Ingenieros y Silva logran articular lugares híbridos de enunciación frente a la modernidad.

Notas

- ¹ Este trabajo se presentó en el XXXIV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y aparece en las actas del mismo congreso (Balderston, et al., *Literatura y otras artes en América Latina: Actas del XXXIV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Iowa City: University of Iowa, 2004, 203-211). Quisiera agradecer a Nathalie Bouzaglo, Gabriel Giorgi, Joshua Graff Zivin, Emily Maguire, Sylvia Molloy y Karina Wigozki por sus comentarios astutos sobre este ensayo.
- ² Molloy elabora este acto de traducción desde la perspectiva del traductor: “Here is the poet (or the event), and here am I, the witness, to interpret him (or it) for you” (373). Su ensayo detalla el modo en el cual Martí “re-empaqueta” a Whitman para el público latinoamericano.
- ³ La palabra liminal viene de limen, o umbral. La subjetividad liminal, entonces, se referiría a una posicionalidad identitaria que se sitúa en el entre-lugar, en este caso, las fronteras entre centro/ periferia, europeo/ latinoamericano, estético/ científico, judío/ cristiano, diagnosticador/ diagnosticado.
- ⁴ Desde luego, estoy pensando en la teoría postcolonial sobre la politicización y la desigualdad de la oposición norte/ sur, elaborada por Neil Larsen, entre otros.
- ⁵ Ingenieros incluye a Nordau en la sección de su libro titulada “Cuatro psicólogos franceses”. Desde luego, Nordau no es francés, aunque vive en Francia mucho tiempo e influye y es influido por muchos debates científicos franceses. Este es un

ejemplo más de la traducción de la figura judía que nació en Budapest y que se caracteriza como “el médico alemán” en *De sobremesa*. El hecho de que la ciudadanía de Nordau es textualmente flexible apuntala la maleabilidad de Nordau y de *lo judío* en general.

- ⁶ “The idea of freeing the world of moral disease was a radical version of the nineteenth-century concept of respectability, which linked the strength of civilization with the need for social coherence and sexual control. Supported by the entire weight of positive science, this illusion was in particular internalized by the assimilated Jewish *Bildungsbürgertum* [inclusive el de Nordau]. If we accept that in the novel everything hinges on *Bildung* and *Sittlichkeit*, then nervousness, femininity, cowardliness and even genius referred to what were understood as the main attributes of the decadent, Jewish body” (1996: 21).
- ⁷ Para una discusión de la construcción del espacio estético en el modernismo hispanoamericano, puede consultarse el análisis del reino interior de Darío y Rodó en Gerard Aching, *The politics of Spanish American modernismo: by exquisite design*. Aching detalla la manera en la cual estos escritores modernistas utilizan lo estético como entrada a la modernidad y la subjetividad moderna.
- ⁸ Desde luego, hay que situar este intento de Darío de simultáneamente autonomizar el arte y reconocer la interdependencia del arte con la ciencia dentro de un fenómeno más amplio en las letras latinoamericanas a finales de siglo. Quizás Julio Ramos haya comentando mejor esta dinámica paradójica en su libro *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, en que habla del doble movimiento de la literatura como discurso que intenta autonomizarse y las condiciones de *imposibilidad* de su institucionalización (1989: 12).
- ⁹ Montero compara esta maniobra con la de Enrique Gómez Carillo, quien quisiera ganarse a “los que saben” por mostrar su afinidad con los decadentes parisienses, y a la burguesía latinoamericana mediante un distanciamiento de estos mismos poetas degenerados (1996: 822-3).
- ¹⁰ Montero sigue con una interpretación fascinante de la relación contradictoria que postula Darío entre el poeta y su obra: “A través de *Los raros*, Darío maneja ambiguamente los elementos de la fórmula romántica sobre ‘el hombre y su obra’. A veces Darío propone un simulacro causalista; otras veces, borra las fronteras entre ‘el hombre’ y su producción literaria” (1996: 829).
- ¹¹ “All aspects of the Jew, whether real or invented, are the locus of difference” (Gilman, 1991: 2).
- ¹² Para una discusión más detallada de la noción de *lo judío* como significante vacío en el imaginario latinoamericano, véase mi trabajo inédito, “The Diagnostic Scene: Jewishness and Disease in the Latin American Imaginary”, en el cual planteo que “the Jew functions as an empty signifier that can be infused with diverse meanings

according to the political and artistic needs of the text in question.... This phenomenon is crystallized in the case of pathological discourse, in which Jewishness does not remain restricted to one side of the dichotomy sickness/ medicine, but rather straddles and questions this very divide" (3). Baso la idea de *lo judío* como significante vacío en el argumento de Max Silverman, quien plantea que "'Jew' is one of the most malleable signifiers" (1998: 197).

¹³ Gabriel Giorgi evalúa la interrelación de discursos en *De sobremesa*: "[e]l discurso médico debate con el discurso artístico las condiciones de apropiación del poder o la autoridad cultural alrededor de las relaciones entre diferencia y normalidad, enfermedad y salud, síntoma e invención estética" (1999: 1).

¹⁴ Esta elipsis viene del texto original, todas las otras son mías.

¹⁵ "[E]sa concepción de la vida sirve de base a la estética de Max Nordau, que clasifica las verdaderas obras de arte como productos patológicos y a la asquerosa utopía socialista que en los falansterios con que sueña para el futuro repartirá por igual pitanza y vestidos a los genios y a los idiotas" (138-9).

¹⁶ La noción de alteridad dentro del cuerpo nacional es bastante común en la literatura latinoamericana, según Roberto González Echevarría. En su libro *Myth and Archive*, plantea la idea del "Other Within" en relación a la ley: "In the nineteenth century and after, lawlessness does not exclude; the criminal Other is an Other Within, created by the split of Latin American society into urban and rural worlds as a result of modernity. That Other is within a law that includes the observer, and observer who, in the case of the narrative, both fears and desires to be like him. This inclusiveness does not mean, of course, that the Other Within will be given a place in Latin America's stratified society, but rather that he represents a nature which, newly interpreted by science, beckons an all-inclusive law that will explain the otherness of the New World as a whole. From now on the Latin American narrative will deal obsessively with that Other Within who may be the source of all; that is, the violent origin of the difference that makes Latin America, distinct, and consequently original" (1998: 96-7). Julia Kristeva trabaja el concepto "strangers to ourselves," lo cual contextualiza el argumento de González Echevarría dentro del discurso psicoanalítico, y pregunta si uno se hace extranjero en un país extraño "because one is already a foreigner from within" (1991: 14).

Bibliografía

Aching, Gerard (1997) *The Politics of Spanish American "Modernismo": By Exquisite Design*. Cambridge y New York: Cambridge University Press.

E. Graff Zivin. Diagnósticos modernistas de Max Nordau...
Estudios 14: 28 (julio-diciembre 2006): 171-186

- Darío, Rubén (1972) *Los raros*. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA).
- Gilman, Sander (1985) *Difference and Pathology: Stereotypes of Sexuality, Race and Madnes*. Ithaca y London: Cornell University Press.
- _____ (1991) *The Jew's Body*. New York y London: Routledge.
- Giorgi, Gabriel (1999) "Nombrar la enfermedad. Médicos y artistas alrededor del cuerpo masculino en *De sobremesa*, de José Asunción Silva". *Ciberletras* 1:1, en <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras> (visitada el 23 de enero de 2008).
- González Echevarría, Roberto (1998) *Myth and Archive: A Theory of Latin American Narrative*. Durham y London: Duke University Press.
- Ingenieros, José (1908) *Al margen de la ciencia*. Valencia: F. Sempere.
- Isaacs, Jorge (1978) *María*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Kristeva, Julia (1991) *Strangers to Ourselves*. Trad. Leon S. Roudiez. New York: Columbia University Press.
- Laarse, Robert van der (1999) "Masking the Other: Max Nordau's Representation of Hidden Jewishness". *Historical Reflections/ Reflexions Historiques* 25:1: 1-31.
- Larsen, Neil (1995) *Reading North by South: On Latin American Literature, Culture, and Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Molloy, Sylvia (1996) "Diagnósticos del fin del siglo", en González Stephan, Beatriz (comp.). *Cultura y tercer mundo. II: Nuevas identidades y ciudadanía*. Caracas: Nueva Sociedad.
- _____ (1996) "His America, our America: José Martí reads Whitman". *Modern Language Quarterly* 5:2: 369-379.
- Montero, Oscar (1996) "Modernismo y 'Degeneración': *Los raros* de Darío". *Revista Iberoamericana* 176-177: 821-834.
- Nordau, Max (1895) *Degeneration*. New York: D. Appleton.
- Ramos, Julio (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Silva, José Asunción [1925] (1996) *De sobremesa*. Madrid: Hiperión.
- Silverman, Max (1998) "Re-figuring 'the Jew' in France", en Cheyette, Bryan y Laura Marcus (comp.). *Modernity, Culture and 'the Jew'*. Stanford: Stanford University Press.
- Spackman, Barbara (1989) *Decadent Genealogies: The Rhetoric of Sickness from Baudelaire to D'Annunzio*. Ithaca y London: Cornell University Press.